

LA COLONIA TOLSTOYANA DE PÍO IX:
DE LA UTOPIA LITERARIA Y SOCIAL A LA EXPERIENCIA
COMUNITARIA CHILENA¹

THE TOLSTOYAN COMMUNITY OF PIO IX: FROM THE LITERARY AND
SOCIAL UTOPIA TO THE CHILEAN COMMUNITY EXPERIENCE

Jaime Galgani
Universidad Católica Silva Henríquez
jgalganim@ucsh.cl

RESUMEN

Recién cumplidos los cien años de la muerte de Tolstoi, se presenta la experiencia de la Colonia Tolstoyana de Pío IX, la que, casi al mismo tiempo que la Colonia de San Bernardo, desarrolló una breve tentativa de vida en común a inicios del siglo XX, a los pies del cerro San Cristóbal. Inspirada en los ideales, estilo de vida, convicciones y prácticas del Conde Tolstoi y de otros ideólogos utópicos del siglo XIX, su existencia tiene particular importancia para el conocimiento de la protohistoria de los movimientos anarquistas de la historia chilena.

PALABRAS CLAVE: Colonia tolstoyana, León Tolstoi, falansterios, Augusto D'Halmar, Benito Rebolledo.

ABSTRACT

Having just turned the hundredth anniversary of Tolstoi's death, it is introduced the Tolstoyan community of Pio IX, which almost simultaneously as the Community of San Bernardo, developed a short common lifespan at the beginning of the XX century, at the bottom of the San Cristobal Hill. A community inspired

¹ Este artículo forma parte de la investigación en el proyecto FONDECYT n°11090054, "Literatura chilena y proyecto cultural en revistas de inicio del siglo XX (1900-1910)". El texto está basado en una conferencia ofrecida el 25 de noviembre de 2010 en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, con ocasión de la celebración de una semana de homenaje a los cien años de la muerte de León Tolstoi.

by the ideals, lifestyle, convictions and practices of the Earl Tolstoi and other utopian ideologists of the XIX century, its existence has critical relevance for the knowledge of the protohistory of the anarchist movements of the Chilean history.

KEY WORDS: *Tolstoyan Community, Leon Tolstoi, Phalanstère (a type of building designed for a utopian community), Augusto D'Halmar, Benito Rebolledo.*

Recibido: 6 de marzo 2013

Aceptado: 28 de junio 2013

INTRODUCCIÓN

Verdaderos émulos de un Quijote que sale de sus libros para vivir la caballería andante, como quien se esfuerza por hacer vida lo que ha leído en la literatura, a inicios del siglo XX, entre los años 1903 y 1905, se dio en Chile la existencia de dos colonias tolstoyanas. La primera, cronológicamente, es la que se ubicó a los pies del cerro San Cristóbal, en la calle Pío IX. Estuvo formada por lo que se llamó entonces ‘obreros ilustrados’, es decir, hombres que trabajaban con sus manos y que tenían, al mismo tiempo, una avidez por formarse intelectualmente según sus intereses culturales, literarios, estéticos e ideológicos lo indicaban. La segunda colonia es la que se instaló en la localidad de San Bernardo, a unos doce kilómetros del centro de Santiago, después de un fallido intento por ubicarse en los lejanos bosques de Arauco, en la región centro sur del país. Ambas colonias puede decirse que son fruto de los ideales que entusiasmaron a sus miembros después de haber leído obras de diferentes autores y después de haber escuchado que en otros países se vivían experiencias comunitarias que permitían encarnar el proyecto de una vida en común donde la fraternidad compartida tuviera el protagonismo fundamental.

Ambos proyectos tuvieron una breve duración y –como se verá más adelante– escasa importancia en la historia social y política del país. Sin embargo, regresan de vez en cuando en el imaginario nacional para recordar un momento en que algunos hombres (y algunas mujeres que los acompañaban) desearon expresar un gesto contracultural, señalando un tipo de vida que quería aportar la novedad de la superación del egoísmo tan común a todas las épocas y regiones.

A pesar de la irrelevancia de ambos proyectos para la historia chilena del siglo XX, sí se ha observado que, en el ámbito de las letras y de las artes, ambas colonias son consideradas como importantes. Del mismo modo que el grupo de los Diez, en la década siguiente, las colonias son un momento que se instala en el imaginario espiritual como un desafío para la naturaleza del hombre. Al igual que el arte, llamado a superar la cotidianidad y a crear un mundo otro, ellas sugieren ese proceso de elevación al que, en el fondo, la naturaleza humana aspira: vivir de otra manera, superar las mezquindades,

hacer de sí mismos mejores personas, socializar los bienes, compartir lecturas, trabajos y reflexiones.

Debido a la importancia relativamente superior que tuvieron sus protagonistas en la historia literaria posterior, sin duda que la Colonia de San Bernardo, presidida por Augusto D'Halmar y relatada por uno de sus miembros, Fernando Santiván, ha sido más conocida. Además de *Memorias de un tolstoyano* (1955) del mismo Santiván, hay algunas páginas escritas por Fernando Alegría y diversos artículos orientados a la comprensión del fenómeno. Sin embargo, con respecto a la Colonia de Pío IX, existe una carencia informativa y descriptiva del fenómeno, no obstante notas y comentarios que se encuentran aquí y allí. Por ese motivo, este artículo se propone realizar una presentación de la comunidad de los obreros ilustrados tomando como base los pocos documentos importantes que se encuentran; a saber, la carta que escribió Benito Rebolledo, pintor y miembro de la comunidad, a Fernando Santiván, en 1950, cuando éste preparaba sus *Memorias...* Esta obra, a su vez, también tiene valor documental, pues, además de los datos que recoge Rebolledo, presenta las apreciaciones de quien tuvo contacto directo con los miembros de la Colonia de Pío IX, cuando ésta funcionaba. Sin duda, Augusto D'Halmar podría haber presentado también algunos datos testimoniales de gran valor, pero, tal como se verá en las pocas líneas que dedica a los “anarquistas”, no tuvo prácticamente conocimiento de ellos y, así como guardó gran silencio con respecto a su propia colonia, también lo hizo con respecto a la de Pío IX.

La hipótesis central del presente trabajo postula que la colonia tolstoyana de Pío IX estuvo animada por ideales que se conectan de alguna manera con los grandes proyectos mítico aurales que están presentes en la historia de la humanidad bajo la forma de textos sagrados, experiencias comunitarias y proclamas idealistas. En este sentido, su testimonio, más que hablar del presente del hombre, o de una “edad dorada” promisorio, abundante y extinta, apelan a un sentido escatológico con respecto al futuro de la humanidad. Pretende mostrar lo que el hombre sería (o será) en un estado perfecto de armonía, de generosidad, de respeto por el prójimo, de exaltación de los valores de la igualdad, la bondad, la confianza en el otro. Como todo proyecto de esta naturaleza, está dotado de un alto componente carismático que intenta incrustar la experiencia al interior de una sociedad que camina bajo otros móviles; quiere ser testimonio de transformación, al mismo tiempo que espacio en donde sus miembros puedan vivir este modo contracultural de felicidad. Los pocos resortes institucionales que poseen, a pesar de la buena voluntad que los anima, finalmente terminan diluyendo la comunidad. Su proyecto edénico decae en la historia, pues su cápsula protectora se rompe y sus miembros terminan confundidos en la ciudad, viviendo sus vidas individuales. La colonia queda, como todos los textos sagrados, reducida a su nivel de relato, como promesa, como posibilidad, como esperanza de lo que algún día podrá ser realidad.

DE LA UTOPIA LITERARIA Y SOCIAL A LAS COLONIAS TOLSTOYANAS EN CHILE

Andrés Sabella, en su artículo “La Colonia Tolstoyana”, publicado en *La Nación*, con fecha 15 de agosto de 1927, comenta que la colonia propiciada por el grupo de Augusto D’Halmar, “repetía las experiencias de Robert Owen y Charles Fourier, y prolongaba el resplandor de *Utopía*, convirtiéndose en hermana menor de *La Ciudad del Sol*, de Tomasso Campanella” (39). Esta alusión al espíritu tolstoyano la hace extensiva en el mismo artículo a los móviles que impulsaron la colonia de Pío IX, la cual, aun sosteniendo diferencias de formas, se sentía aunada a los tolstoyanos de San Bernardo.

Para comprender ese espíritu, es necesario considerar los antecedentes que ofrecen las experiencias y discursos relacionados con algunas visiones que, desde la antigüedad hasta el siglo XIX, han sido cubiertas bajo el amplio manto adjetival del “utopismo”. El “Paraíso” bíblico, la Arcadia de los poetas griegos y romanos, el tópico de la “edad de oro”, los encantos de la vida pastoril, las *Bucólicas* de Virgilio, la *Oda a la vida retirada* de Fray Luis, son antecedentes que se suman a un amplio listado de referencias literarias que alimentaron las experiencias aludidas por Andrés Sabella; a saber, las granjas cooperativas de Robert Owen, los falansterios de Charles Fourier y la comunidad de Jasnaia Poliana, propiciada por el mismo Tolstoi.

El ideario tolstoyano puede ser resumido en los siguientes aspectos: vida sencilla en contacto con la naturaleza, anarquismo de corte cristiano inspirado en la vida de las primeras comunidades, no violencia, vida en común, vegetarianismo, pedagogía activa antiautoritaria, compromiso con la transformación de la sociedad, alto componente carismático con una fuerte crítica a las instituciones (Estado, Iglesia, Justicia, Ejército). Tolstoi (1828-1910), fundador de Jasnaia Poliana, coincide en términos generales con otros fundadores del siglo XIX en este ideario. Discrepa, por cierto, de la radicalización en cuanto a la emancipación de la mujer, el amor libre, etc. características que ostentaban otros grupos comunitarios.

El ejemplo de Tolstoi fue seguido en varios lugares del mundo bajo distintas formas. Su influencia más notable es la que tuvo en el pacifismo de Gandhi, quien, habiendo leído *El Reino de Dios está en ti* (Tolstoi, 1894) y habiendo traducido *Carta a un hindú* (Tolstoi, 1908), además de haber creado una Colonia Tolstoyana en Sudáfrica, generó una doctrina propia de la no violencia que, sin duda, supuso transformaciones profundas no sólo en la India, sino en todo el mundo, gracias a las distintas corrientes pacifistas que hasta el día de hoy se hacen presentes en las diversas luchas político-sociales.

En Chile, las dos colonias conocidas recogen a su manera el espíritu tolstoyano. El profesor Freddy Timmermann, al comentar la obra *Trabajadores y sindicatos en Chile: 1902-1927*, de Peter DeShazo, manifiesta que “el anarquismo utópico propiciado por las colonias tolstoyanas, si bien da cuenta de una recepción del fenómeno en ciertas élites, es irrelevante en sus efectos sociopolíticos ulteriores en la historia del

siglo XX chileno” (Entrevista mayo de 2011). El mismo juicio vierte el historiador Sergio Grez, quien, en su obra *Los anarquistas y el movimiento obrero* (2007), dice:

[...] la colonia tolstoyana formada hacia 1905 en San Bernardo, de nula influencia en los movimientos populares, [...] terminó siendo una simple comunidad de artistas y escritores alejada del escritor ruso que la inspiró originalmente. Si bien en la “colonia comunista” que surgió en 1903 en las cercanías del Cerro San Cristóbal de la capital participaron algunos trabajadores ilustrados [...] los efectos prácticos de esta experiencia en los movimientos sociales fueron, al parecer, tan escasos o nulos como los de su homóloga de San Bernardo (Grez 69).

Con este comentario, Sergio Grez desconoce que el tolstoísmo es una doctrina que no sólo comporta dimensiones sociales, sino también estéticas. Por lo tanto, el hecho de que la Colonia de San Bernardo se alejara del ideario de transformación social que inicialmente la inspiró, no significa que se haya alejado totalmente de Tolstoi. Por otro lado, no todos los miembros de la colonia abandonaron la preocupación social, sino, tal como lo da a conocer Fernando Santiván en sus *Memorias de un tolstoyano* (1955), el único que realmente lo hizo fue D’Halmar el que, más atraído por la obra literaria de Tolstoi y otros escritores (Pierre Loti y Maurice Maeterlinck); manifestaba despreocupación e indolencia ante esos asuntos, cuestión que causó las molestias y decepciones de los demás miembros de la comunidad, especialmente de Santiván.

Por otra parte, cuando Grez llama a la de Pío IX “la colonia comunista”, no da cuenta de la autoconciencia de sus miembros sobre su identidad. Santiván, al decir “[l]os colonos anarquistas o comunistas, como los designaba la gente” (212), da a entender que eso no significa que ellos mismos se consideraran “comunistas”, por lo menos en lo que corresponde a una adscripción férrea a la doctrina política que el término designa. Tampoco ellos mismos, según Rebolledo, tenían conciencia de ser ‘anarquistas’. En su carta expresa: “[e]n verdad el nombre de anarquistas es el mismo comunismo de hoy; no sé por qué nos llamábamos anarquistas. O nos llamaban” (Rebolledo 203). Santiván agrega más datos que ayudan a afinar la real filiación ideológica de los colonos:

Pero los anarquistas que formaron la colonia de la calle Pío IX, en Santiago, nada o muy poco sabían de Carlos Marx y sus continuadores. Más bien eran revolucionarios románticos como Fourier, vulgarizado por Emilio Zola; como Saint-Simon, Owen y otros. Este último, Owen, fué² un industrial inglés que, después de haber amasado una fortuna en rudo trabajo, la gastó íntegramente en experimentos socialistas que culminaron en Norteamérica con la fundación de la Colonia Armonía. En ella pre-

² Se respeta, cuando corresponde, la grafía y acentuación originales.

tendió establecer, prácticamente, entre otras ideas, la libertad en amor, por no decir el amor libre, a pesar de haber sido muy feliz en su viejo matrimonio. Todos estos innovadores sociales fueron hombres buenos como el pan y claros como el agua pura, que sintieron honradamente el malestar social de su época y que procuraron remediarlo a costa de su propia tranquilidad (Santiván 224-225).

Leídas estas aproximaciones al fenómeno de parte de algunos historiadores, pareciera que ellos no lo comprenden ni valoran totalmente. Se acercan a la ligera, atribuyéndoles identidades erróneas o anacrónicas, pero concluyendo finalmente que estas colonias no tienen valor histórico y político. Se comprende, pues su perspectiva apunta a los movimientos que tuvieron real repercusión en la sociedad. No miran el fenómeno en su valor de signo, de señal, de relato y, mucho menos, en el carácter estético que tiene. En cierto modo, se podría sugerir la hipótesis de que este tipo de experiencias –que no pasaron de ser una intención de llevar ciertas ficciones a la vida– pertenecen, por su naturaleza misma, a la literatura como disciplina más que a la historiografía, la cual termina por mencionarlas como anécdotas³.

Por ese motivo, interesa entender cómo, desde otra vereda, estas experiencias tienen una valoración distinta. Así, por ejemplo, Fernando Alegría se refiere al conjunto de las colonias tolstoyanas en Chile:

[l]a sombra del patriarca de Yasnaia Poliana se extendió sobre ellos, artistas, escritores, obreros, y dejó sobre sus hombros el peso invisible y cálido de una mano guadora. La vida les iba a apartar y a confundir en una época de violencias y angustias. Algunos partieron a vagar por el mundo inventándose, como D’Halmar, un barco y una tierra prometida; otros afrontaron la contienda en tierra criolla y, desde la tribuna, desde la literatura, desde la política, libraron memorables combates. Sobre ellos y sobre otra generación que recibió con unción el mensaje y salió, a su vez, a difundirlo –la generación de 1920, la de *Claridad*–, la sombra de Tolstoy no cesó de regalar ternura, bondad, devoción, y amor a la justicia, amor a la tierra y al pueblo que de ella vive (Alegría 66).

El valor de signo que las colonias tienen es posible inferirlo al leer el artículo de Patricio Lizama, “Manifiestos y utopías, viajes y videncia: una lectura mística de Pedro Prado”, cuando, hablando de Los Diez, afirma que “[e]l artista es el que trabaja para lograr la justicia y la belleza en el mundo” (162), aspectos que coinciden con el proyecto tolstoyano y que Pedro Prado aún cuando habla de D’Halmar, diciendo que

³ No quisiera dejar de mencionar, sin embargo, un debate tenido en una Universidad de Santiago de Chile, en la cual varios estudiantes de Pedagogía en Historia manifestaron su inquietud por construir una historiografía que cuente positivamente tanto con los datos que vienen de estos experimentos utópicos como de los materiales que la misma literatura ofrece.

“este fundó la Colonia Tolstoyana y ‘después algunos de nosotros creamos Los Diez’ [...] ‘dos formas de ensayo de liberación’” (Citado por Lizama 161). Lo que Prado dice de la colonia de D’Halmar, es posible extenderlo a la de Pío IX, pues también esta pretendía vivir una experiencia de “liberación”.

En síntesis, las dos colonias están emparentadas por un ideal tolstoyano y diferenciadas en algunas formas específicas que este artículo pretende destacar al describir detalles sobre las características y forma de vida de la colonia de Pío IX. En ese ideal juega un papel importante el valor de la utopía, de la vida en común, y la lucha por un mundo mejor. Si algo diferenció ideológicamente a las dos colonias es que la de Pío IX insistió más en el valor de la justicia, mientras que la de San Bernardo, liderada por D’Halmar, terminó acentuando la importancia de la belleza por sobre la lucha por la justicia (exceptuando a Santiván, quien consideró que D’Halmar había adulterado el ideario fundacional).

UNA CASA AL PIE DEL CERRO

“La primera casa que arrendamos estaba situada en Pío IX –cuenta Benito Rebolledo– al pie del Cerro San Cristóbal; nos costaba \$75; fue por el año 1906 o 7⁴, si mal no recuerdo” (203). En ella llevaban una vida en común, modesta y cómodamente, al tenor de los tiempos. Aunque compartían el mismo techo, tenían algún margen de independencia: “una cosa que nunca se nos ocurrió fue haber hecho la comida en común, pero de todos modos nos sentíamos muy a gusto con nuestra pequeña independencia, dentro de aquel gran caserón” (203).

Los habitantes de aquella comunidad provenían de distintos orígenes y tenían diversas profesiones u oficios: Alejandro Escobar y Carvallo, médico homeópata y naturista; Miguel Silva, con taller propio de tapicería y fábrica de muebles; Julio Fossa Calderón, estudiante de Bellas Artes; Vicente Saavedra, tipógrafo; Manuel Cádiz, ebanista; Mamerto González, empastador de libros; Teófilo Galleguillos, de origen campesino y comerciante en la Vega Central; Alfonso Renau, francés, ‘zapatero de obra de lujo’; Francisco Roberts, zapatero; Aguilés Lemure (Lemir), francés, también

⁴ La fecha que indica Benito Rebolledo se hace difícil de aceptar por los anacronismos que se presentan en algunos relatos que dan a entender que la Colonia de Pío IX existió casi contemporáneamente a la de San Bernardo (fines de 1904, inicios de 1905). En efecto, en *Memorias de un tolstoyano*, Santiván relata el acontecimiento de la visita de los colonos de Pío IX (213). Más creíble resulta la indicación de Sergio Grez, quien dice que dicha Colonia funcionó primero en la Calle Pío IX hacia 1903 y que después se trasladó a la calle Dominica, teniendo aproximadamente dos años de existencia (Cfr. Grez 69); de esta manera, se entiende como válido el comentario de Santiván sobre la visita mencionada.

‘zapatero de obra de lujo’; Manuel Pinto, joyero; y el mismo Benito Rebolledo, pintor. Todos vinculados a la corriente de los “obreros ilustrados”.

Además de los residentes de la Colonia, Benito Rebolledo destaca algunos visitantes: Inocencio Lombardossi, destacado por sus temerarios actos durante las manifestaciones en la Plaza de Armas; Luis Olea, pintor, decorador, poeta y periodista; Magno Espinoza, mecánico de ferrocarriles y maquinista; Marcos Yáñez, dueño de una pequeña joyería; Pedro Pardo, carpintero.

Al parecer, sobre este grupo que intentó vivir apaciblemente en comunidad y sin más pretensiones que las que da la necesidad del sustento cotidiano, corrieron rumores escandalosos: “Alrededor de los colonos anarquistas, como de los tolstoyanos, se tejió una fábula truculenta. Se dijo que llevaban vida corrompida y que practicaban la comunidad de techo, muebles y mujeres” (Santiván 212).

Probablemente, dichos rumores se basaban en lo que se había escuchado de las prácticas de los falansterios de Fourier, en cuya doctrina había un explícito rechazo a la monogamia y al matrimonio, y una consecuente aceptación del amor libre como expresión espontánea de la naturaleza humana, considerada por él como radicalmente buena.

Lejos de esa radical opción estaban los tolstoyanos de Pío IX. Varios de ellos estaban casados y compartían el caserón donde vivían en espacios relativamente independientes. Tenían, por lo demás, un sentido de la rectitud y de la virtud bastante conservador, el cual imponía la fidelidad y la monogamia, tan sagradas y respetables como lo era la fidelidad a la amistad, la abnegación en el trabajo y el compromiso social.

La verdad era muy diversa. Formaban un grupo de hombres selectos por la pureza de costumbres y por el misticismo revolucionario que ardía en sus espíritus. Eran ilusos, tolerantes y bondadosos. Amaban sinceramente al humilde y soñaban con la redención de la humanidad. ¿Cómo es posible que de estos hombres que execraban el alcohol, el tabaco, y que sólo se alimentaban de verduras para no incurrir en el “asesinato” de seres vivos, se pudieran decir tantas atrocidades? (Santiván 212).

En síntesis, los tolstoyanos de Pío IX se ubicaban en un lugar intermedio entre el amor libre de Fourier y el celibato que propugnaba Tolstoi. Pesaba en ellos la tradición del matrimonio y una cierta convicción con respecto a que la naturaleza no daba muchas posibilidades al celibato. Así se desprende del comentario que Benito Rebolledo hace en su carta a Santiván sobre el celibato que se habían impuesto en San Bernardo:

Nosotros los considerábamos a Uds. como de los nuestros y de una gran pureza de alma tan raro (sic) en la juventud. Solo Renau dijo en una ocasión: “El voto de castidad que han hecho no les durará siempre. Es sólo entusiasmo de jóvenes de corazón bien puesto. La ley fisiológica, tarde o temprano, gritará en su sangre joven y se casarán” (211).

Con respecto a otras características de la vida en común en Pío IX, hay que destacar la abstinencia del licor, el tabaco y la carne (como ya se mencionó más arriba):

Vivíamos en común, como ya te he dicho, todos éramos vegetarianos; no bebíamos licores ni fumábamos, lo mismo nuestras mujeres. Era la misma vida que hacían Uds., a excepción del voto de castidad (Rebolledo 206).

Con relación al vegetarianismo, son seguidores fieles de Tolstoi, el que, coincidiendo con Reclus, es partidario de un cierto “naturismo libertario”, por considerar que alimentarse de carne animal es primitivo. Así lo postulan numerosas obras suyas (Vgr. *Últimas palabras*, 1909).

IDEARIO DE TRANSFORMACIÓN SOCIAL

No obstante los detalles que dan marco a la vida de la colonia tolstoyana de Pío IX, el núcleo central de su importancia consiste en la doctrina que querían poner en práctica.

Leyendo obras revolucionarias, habían llegado a la conclusión de que la sociedad se hallaba mal construída (sic) y de que debían llevar a la práctica nuevos métodos de vida. Aceptaban como biblia las teorías del príncipe Kropotkin, condensadas en “La Conquista del Pan”, libro realista y de formidable lógica. Eliseo Reclus, hombre de ciencia, geógrafo y explorador, era otro de los autores que influyeron en la formación de aquella juventud. Por otra parte, se admiraba también a Tolstoy, a Engels y a Carlos Marx (Santiván 212).

La constatación de que “la sociedad se hallaba mal construída” parece ser una experiencia de época iniciada con la lectura de los realistas y naturalistas, novedad literaria llegada a Chile recién un par de décadas antes de la fundación de las colonias tolstoyanas, y propiciada por periódicos como *La Época* y otros, que, en los años 1880-90, dieron a conocer a escritores no leídos aún en Chile: Ibsen, Gorki, Daudet y otros. El efecto y la invitación a la transformación social fueron notables. Así lo constata Domingo Melfi al hablar de la impresión que producían esas lecturas:

Al terminar los capítulos de Zola, de Gorki o Dostoyewski, los lectores que levantaban la cabeza del libro descubrían la mentira del mundo que los rodeaba. En todos los rincones encontraban la confirmación de aquellos humillados y ofendidos que pululaban como desechos en el mundo novelesco de Europa y que antes ni siquiera se sospechaba que existían entre nosotros... (Melfi 73)

Tanto los obreros ilustrados, en general, como los miembros de la Colonia de Pío IX, en particular, participan, así, de una evolución cultural que va necesariamente

asociada a la lectura y a la instrucción como bases fundamentales para la formación de la conciencia y, en concreto, de una conciencia transformadora. Las características que constituyen el modo en que la comunidad de Pío IX se apropia de las diversas lecturas que realiza son las siguientes:

En primer lugar, los colonos se sentían llamados a vivir una poderosa vocación de amor universal: “[é]ramos iluminados por una luz mística: el amor a la Humanidad” (Rebolledo 206). Vivían en esa primavera auroral, arcádica y edénica en que todavía se cree en la posibilidad de una fraternidad que alcance a todos los seres del universo, en especial y “[s]obre todo a los humildes, a los pobres, por los que luchan sin esperanza, por los que mueren sin haber tenido jamás una satisfacción de verdadera vida” (Rebolledo 206).

En segundo lugar, consideraban que su ideal de paz debía concretarse en la vida cotidiana: “[a] pesar de tantos hombres y mujeres reunidos, jamás hubo disgustos, ¡para eso éramos apóstoles de la paz y la fraternidad! Dios es testigo de que éramos inocentes” (206). Se identificaban así con la sabiduría de Sancho que fustigaba el ingenio de los astutos: “[h]ay un refrán que retrata a los hombres así, que parece ser de Sancho: “Parece tonto de bueno”, porque para este terrible hombre práctico sólo los ladinos y los pícaros son inteligentes” (Rebolledo 206).

En tercer lugar, se sentían unidos por un sentido idealista de la existencia: “[f]ue, como tú sabes, la Edad de Oro del desinterés y del sacrificio por los demás de un puñado de hombres jóvenes, tan raro en los tiempos que corremos de miseria moral y mezquindad” (Rebolledo 208). Y, como tal, son conscientes de haber marcado un periodo en la fundación de la historia nacional: “[n]uestras colonias dejaron constancia de la nobleza de nuestras intenciones y marcaron una época en la Historia de nuestro Chile” (Rebolledo 208).

En cuarto lugar, la exaltación y la valoración explícita de la bondad y la tolerancia son la forma en que se materializa su seguimiento tolstoyano: “[v]ivíamos en un continuo torneo de tolerancia y bondad, influenciados por el ambiente moral que nosotros mismos habíamos creado” (Rebolledo 205).

Hay, según Benito Rebolledo, una cierta condenación del espíritu pragmático de la civilización contemporánea (Siglo XX), asociándola esta vez a una visión despectiva de la figura de Sancho:

¡¡Pobre Sancho, jamás podrás comprender la mística divina y constructiva que impele al inmortal manchego!! ¡¡Podrás acumular montañas de oro, mantener poderosos ejércitos, ser detentor de la bomba atómica para asolar la tierra... Pero con todo tu poder material fabuloso, no puedes detener la tuberculosis, la sífilis y el cáncer que corroe tus entrañas de dios de la tierra, paupérrimo de luz, en la noche tenebrosa de tu Civilización!! (Rebolledo 209).

Una condena al positivismo moderno que ha producido una serie de avances que no alcanzaron a cumplir la promesa optimista del progreso. La Civilización oculta, tras su luminosa apariencia, una ‘noche tenebrosa’; el poder que detenta es del ‘dios de la tierra’; exitoso en la brillantez de su mentira.

Finalmente, lo demás, como ya se ha dicho, son sus prácticas cotidianas asociadas a la vida en común, al vegetarianismo, no fumar, etc.

No se puede afirmar que tras este conjunto de principios exista un programa ambicioso o bien fundamentado doctrinalmente. Se trataba, ante todo, de hombres y mujeres de buena voluntad que, superándose a sí mismos, a sus deficiencias y carencias, suplían con esfuerzo lo que otro tipo de estudios podría haberles proporcionado. De algún modo, arrancados de la naturaleza, en cuya bondad confiaban plenamente, se proponían como un signo contracultural, apelando a una vocación que pertenece a los primeros llamados de las sociedades en busca de la paz y la fraternidad. Un cierto sabor protocristiano, henchido de un carisma espiritual y de una falta de institucionalidad mínima se siente al acercarse a los documentos que hablan de esta experiencia tolstoyana. Por tanto, lo que proponen sabe más a ideario que a proyecto.

La Colonia se comunicaba con la sociedad a través del periódico que dirigía Alejandro Escobar y Carvallo, *La protesta humana*:

En este pequeño periódico se defendía, como te he dicho, a los obreros. Se publicaban artículos sobre moral y leyendas ejemplares. Este periódico se regalaba a los obreros; era financiado por cuotas voluntarias; entre los donantes había personas del alto comercio, que en su juventud habían sido revolucionarias, en Europa: Los hermanos Kenette, merceros franceses; el filósofo y escritor millonario, don Carlos Newman, de Quillota, le enviaba cantidades de dinero a Alejandro, para “la causa”, y otros industriales ricos, extranjeros, de los que no te doy sus nombres, porque aún viven y están vinculados al alto comercio y a la sociedad de Santiago y temo que se molesten (Rebolledo 206).

A pesar de todos estos esfuerzos, la colonia de Pío IX no tendría fuerzas para resistir más de dos años:

Nos disolvimos porque los hijos crecieron y había que educarlos y aumentaron las necesidades de la vida. Y sin dinero no puede subsistir una colonia sólida. Habríamos tenido que poseer tierras propias y aún así posiblemente el Gobierno nos habría disuelto cuando nos hubiera visto crecer, como un peligro para el orden público⁵ (como si estuviera todo tan ordenado), lo que aconteció con otras colonias europeas (Rebolledo 208).

⁵ He aquí la sospecha que a menudo se cierne sobre agrupaciones de este tipo de colonias que, a la luz pública, resultan un peligro por constituirse en unidades sociales que pueden llegar

La realidad terminó absorbiendo este proyecto como sucede con todas las tentativas contraculturales. Desde el sueño de las primitivas comunidades cristianas hasta las reducciones del Paraguay, finalmente las circunstancias políticas y las necesidades individuales terminan cristalizando la experiencia colectiva en un sueño de juventud, en una historia profética, apenas un signo de lo que debería ser el hombre en un estadio de conciencia más avanzado.

Todas estas maravillas pasaron, Fernando, ante nuestros ojos deslumbrados, como una bella ilusión de juventud. Ahora vivimos rodeados de pestilencia. Se necesita coraje para resistir sin mancharse. Esto tú lo sabes también como yo o mejor que yo (Rebolledo 212).

AUGUSTO D'HALMAR Y LA COLONIA DE PÍO IX

Augusto D'Halmar, en su publicación póstuma *Recuerdos olvidados* (1975) comenta con cierta ligereza y brevemente su visión de la Colonia de Pío IX, la cual, emparentada con la suya de San Bernardo por seguir el ideal tolstoyano, se diferenciaba en términos de cercanía y de real interés.

[...] cuando supieron que acababan de acampar los derrotados en San Bernardo (refiriéndose a D'Halmar y sus compañeros que habían fracasado en su experiencia en Arauco), y persistían en su ejemplarizador empeño, uno por uno o en romería de varios, cuantos soñadores cobijaba el cielo mapochino fueron trasladándose al vecinísimo pueblo, para dar fe. Nudistas y desensombreados como el Almirante Fernández Vial, vegetarianos y antivacunistas como Alfredo Helsby, el de las acuarelas porteñas, anarquistas como Alejandro Escobar y Carvallo, su compañera y compañía, o como un imberbe zapaterín francés que lo daba todo “pour la cause”, espiritistas como doña Maipina de la Barra, teósofos como don Tomás Ríos González, aún existente, artistas como Benito Rebolledo y Carlos Canut de Bon, llamaron a las puertas de la Colonia (D'Halmar 245).

a reclamar una cierta autonomía reñida con las leyes de las naciones modernas; una suerte de “Estado” dentro del Estado. Sin embargo, las evidencias parecen indicar que, en definitiva, la pervivencia de las colonias se reduce a una cuestión de poder, cosa que explica la existencia por ya cincuenta años de la originaria Colonia Dignidad, en la Séptima Región de Chile, fundada por Paul Schaefer, ciudadano alemán creador de una de las experiencias más herméticas conocidas en el continente y generador de una serie de prácticas que se riñen con la moral social en diversos ámbitos (Derechos Humanos, abusos de menores, sometimiento disciplinario rígido, etc.). Los colonos de Pío IX no podrían haber aspirado jamás, a pesar de sus honestas intenciones, a alcanzar el apoyo del Estado que ha conseguido la colonia alemana aún existente.

Aparte de esta mención, poco más se sabe de lo que D'Halmar pensaba de los colonos del Mapocho y de sus simpatizantes, como también es poco lo que dijo acerca de su propia colonia. Sin embargo, lo que D'Halmar sintiera o pensara en aquella época con respecto a sus pares obreros era extremadamente significativo, pues él encarnaba el mito tolstoyano en Chile. Por eso, resultó tan decepcionante la recepción de D'Halmar a una visita que realizaron los miembros de la colonia de Pío IX a San Bernardo. Santiván presenta los detalles del frustrado encuentro, en el cual el joven autor de *Juana Lucero* apenas los saludó dejando a Santiván en la incómoda tarea de atender a los colonos que traían, sin duda, la ilusión de encontrarse con D'Halmar, ya por entonces una referencia de primer orden (Cfr. Santiván 213-214). Esta anécdota revela cuán distante estaba D'Halmar de la dimensión social del ideario tolstoyano y cómo en realidad se sentía atraído por los aspectos estéticos del profeta de Jasnaia Poliana; eso explica, por otra parte, cómo en su semblanza sobre Tolstoi, varios años después, D'Halmar lo presenta como un visionario frustrado, un santón algo ridículo que había dejado su gran obra literaria para llevar adelante un proyecto al igual que él.

CONCLUSIONES

La colonia tolstoyana de Pío IX no ha sido ni tan reconocida ni tan documentada como su contemporánea colonia de San Bernardo. Sin embargo, junto a la primera, cumple con completar el cuadro de una experiencia asociada al anarquismo pacifista que propiciara en su tiempo León Tolstoi y que fuera precedida por otras experiencias de similar carácter, destacándose entre ellas las de Fourier y de Owen.

Teniendo en cuenta sus ideales de justicia, su práctica de vida en común, su rechazo a los excesos en la comida y la bebida, su confianza en la bondad y la generosidad humana, los miembros de la colonia se instalan en la historia fundacional del siglo XX como una señal profética del tipo de comunidad humana que querían que llegara a ser la sociedad chilena. Su testimonio no ha sido considerado por los idearios políticos confrontacionales que siguió la izquierda chilena durante el siglo. Mejor suerte ha tenido la memoria que de ellos guardan las consideraciones que, de cuando en cuando, algunos hombres ligados a la cultura han hecho.

Sobre la colonia de la calle Pío IX es necesario descartar tantos mitos como los que se han sembrado con respecto a la de San Bernardo. No practicaban el amor libre, no compartían mujeres, no tenían una comunicación tan frecuente con los miembros de la otra colonia (D'Halmar ni siquiera los recibió). Si bien eran hombres interesados en la lectura y el estudio, no poseían una base doctrinal tan sólida como se piensa. Se les decía “comunistas”, pero reconocen no haber tenido ni la formación férrea en esa doctrina ni la voluntad de adscribirse a ella.

Finalmente, el conocimiento de los pocos datos acerca de la colonia de Pío IX resulta altamente beneficioso en el contexto de la actual revisión de los idearios

de principios del siglo XX. La poca importancia política que pudo haber tenido la experiencia se contraponen con la alta valoración simbólica que adquiere al considerar que, tanto las dos colonias como el grupo de los Diez, contribuyen a generar un clima que hace explicable la presencia de escritores como Augusto D'Halmar, Baldomero Lillo, Fernando Santiván y Pedro Prado, entre otros. Es ese clima cultural el que hará posible la generación de nuevas tentativas en las décadas siguientes.

BIBLIOGRAFÍA

- Alegría, Fernando. "Tolstoyanos chilenos". *Literatura chilena del siglo XX*. Santiago: Ed. Zig-Zag, 1967: 171-190.
- D'Halmar, Augusto. "Las colonias tolstoyanas". *Recuerdos olvidados*. Santiago: Nascimento, 1975: 244-250.
- Grez, Sergio. *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de "la Idea" en Chile*. Santiago: LOM, 2007.
- Lizama, Patricio. "Manifiestos y utopías, viajes y videncia: una lectura mística de Pedro Prado". En *Revista Chilena de Literatura* 82 (noviembre 2012): 159-177.
- Melfi, Domingo. *Estudios de literatura chilena*. Santiago: Nascimento, 1938.
- Rebolledo, Benito. "Carta de Benito Rebolledo Correa a Fernando Santiván". *Mapocho* V 42. Santiago: Biblioteca Nacional, (segundo semestre 1997): 203-213.
- Sabella, Andrés. "La colonia tolstoyana". *Ercilla* 2037. Santiago: 14/VIII/1974: 39.
- Santiván, Fernando. *Memorias de un tolstoyano*. Santiago: Ed. Zig-Zag, 1955.